

*CABALLEROS, TOROS Y TOREROS EN EL SIGLO XVI:  
UN TEXTO DE DON LUIS ZAPATA DE CHAVES*

Ignacio R. Mena Cabezas<sup>1</sup>



**E**n estos breves apuntes para la historia de la tauromaquia queremos desvelar la aportación singular de Luis Zapata de Chaves, aristócrata extremeño del siglo XVI, quien en su obra *Miscelánea* (1595), ofreció una descripción sugerente de las fiestas de toros renacentistas. Se trata de un texto no muy conocido que nos permitirá reconstruir y reflexionar sobre las tensiones entre las formas caballerescas aristocráticas y las formas populares tumultuosas que se produjeron en la compleja génesis de la tauromaquia moderna.

García-Baquero, Romero de Solís y Vázquez Parladé (1994) describieron satisfactoriamente y a partir de una aproximación interdisciplinar los procesos sociales y culturales que desde la Antigüedad dieron forma a las fiestas de toros. A pesar de ser una obra de reducido tamaño y arrastrar determinadas aporías, como por ejemplo, un arriesgado etnocen-

---

<sup>1</sup> Trabajo realizado en el curso de doctorado *Tauromaquia a la luz de la Teoría social del Sacrificio*, dirigido por el profesor Pedro Romero de Solís. Ignacio Mena, nacido en Llerena (Badajoz), es actualmente personal docente en el Instituto de Bachillerato "Macarena" de Sevilla y es licenciado en Antropología por la Universidad de Sevilla.

trismo sevillano, cierta linealidad en la interpretación del trascurrir histórico de las fiestas de toros que nos parece más complejo, disperso y borroso y, por último, la escasa contrastabilidad de alguna de sus hipótesis, ha tenido una notable influencia teórica y ha dejado huella en numerosas investigaciones posteriores. Este trabajo constituye una modesta contribución que se sitúa en dicha estela.

Con Alfonso X, a finales del siglo XIII, se produce el primer encuentro de los caballeros con las fiestas de toros. Al rechazo anterior de la antigua nobleza goda, ajena al universo ibérico, se unían los temores de la Iglesia culta que veía en aquel ejercicio inquietantes vinculaciones con prácticas y sacrificios paganos. La Reconquista y los inéditos procesos sociales que desencadenaba llevarán a una nueva estrategia que cumplirá un doble objetivo: de una parte, separar al populacho de los juegos taurinos minimizando lo más posible los momentos sacrificiales y tumultuosos y, de otra, acusando de infamia a quien lidiase toros por dinero. Así, la nueva nobleza guerrera, con rituales cada vez más codificados, fue apropiándose del capital simbólico taurino, incluso, monopolizándolo. Mientras tanto, la fiesta de toros no sólo celebraba la restauración del orden urbano, sino que, también, con el hartazgo tras la captura del alimento, conmemoraba la legitimación del orden social. El *Código de las Siete Partidas* no intenta terminar con la lidia de toros sino imponer una regulación aristocrática a las fiestas. En efecto, el racionalismo jurídico-teológico de Alfonso el Sabio chocó con la bárbara y pagana tradición que alteraba peligrosamente el orden público de ciudades y villas (Moya, 1995: 212).

De los siglos XIV al XVI la suerte taurina por excelencia fue la lanzada a imitación de técnicas militares y de torneos. A mediados del s. XVI se produce un cierto declive de la fiesta de toros debido a la prohibición pontificia, pero pronto renace la tauromaquia de rejones si bien, y mientras tanto, las formas populares van ocupando las plazas poco a poco «si el poder exigía, para el ejercicio de su dominio en el mundo, la irreconciliable escisión de la sociedad real —esto es, el Orden— la codificación de su fiesta tuvo, también, que incluir la separación entre la práctica del vulgo y el arte de los señores serializando, en el tiempo festivo, las intervenciones de los toreadores según fuera su origen social. Ahora el pueblo tendrá un toro propio donde cebar su torpeza y desaliño. Después, una vez concluido el villano espectáculo y, despejado el espacio festivo de aquel infamante contagio, los caballeros actuarán en una arena socialmente inmaculada, es decir, ocupada por su única y exclusiva presencia (...) y sólo cuando se ha concluido la ceremonia pública de la posesión del ruedo, es decir, cuando simbólicamente se ha expuesto ante el público, por medio de su exclusivo dominio de la plaza, el poder de la nobleza sobre toda la sociedad, es cuando enarbola el rejón y parte veloz e imponente sobre el toro. El éxito del caballero en el cumplimiento de la suerte constituye el fracaso definitivo del pueblo, puesto que la nobleza lanzada, certera, única e individualizada, tornaba ya inútil por superflua la intervención popular» (García-Baquero, Romero de Solís, Vázquez Parladé, 1994: 44-45).

Los siglos XVI y XVII marcan el apogeo y el fin de las formas caballerescas taurinas y envuelven un proceso lento, a lo largo de todo el siglo XVIII, de formación de la tauroma-

quia clásica. Los miembros de la nobleza caballeresca eran los que montados a caballo establecían las preeminencias y cual «quijotes» sólo aceptaban a competir con iguales y no con malandrines y plebeyos<sup>2</sup>. Sin embargo, las nuevas condiciones sociales ya aludidas darán lugar a un incipiente desarrollo de la burguesía y un fuerte empuje de las clases populares que a pie tentarán a los antiguos dioses, a los toros y a la historia. Estos nuevos hombres, sin caballos, a pie o rodando por los suelos, paradójicamnete, ascienden de los ruedos mientras que dejan atrás, descompuestos, los modelos caballerescos.

Nos interesa constatar, siguiendo a Bourdieu, la dialéctica entre el capital simbólico taurino y el capital económico-político (Bourdieu, 1993). En efecto, al intentar monopolizar el capital simbólico taurino los caballeros no pudieron apropiarse y controlar la globalidad de la reproducción simbólica de la fiesta de modo que, el excedente lúdico, genésico y sacrificial que contenía en parte se les escapaba revirtiendo sobre el pueblo. Así dichos excedentes fluían hacia festejos tumultuosos, de contenido social popular, donde se hacía posible, siguiendo a Mauss, revivir ritual y emotivamente la fundación y justificación de la sociedad (Mauss, 1972). De la misma manera, en el plano económico, tampoco pudieron

---

<sup>2</sup> En *El Quijote* encontramos, en más de una ocasión, referencias a la vinculación de caballeros y toros y al lugar en que en la fiesta les corresponde. Por ejemplo, leemos: «Pero con todo esto quiero que vuestra merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero, a los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso a un bravo toro; bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, o que lo parezcan, entretienen y alegran, y, si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes...» (Cervantes, 1987: II, 17). (Se llamaba «tela» a un lugar que se cerraba y disponía para la exhibición de líderes públicos y otros espectáculos).

apropiarse de toda la riqueza americana, no consiguieron fijar una estructura productiva y mientras tampoco conseguían articular un sistema comercial moderno los metales preciosos fluían a Europa provocando la bancarrota estatal.

Al estudiar la génesis de las corridas modernas es posible plantear las luchas por las definiciones, competencias y límites del campo simbólico taurino. La construcción de ese espacio estaba sometido a constricciones estructurales geográficas y económicas a la vez que a la competencia mantenida por estructuras cognitivas bien diferentes. A su vez estas estructuras dependían de las posiciones y relaciones mantenidas por sus agentes. Los sistemas de percepción y de apreciación caballerescos estaban condicionados tanto por su posición (y los intereses asociados) como, utilizando la terminología de Bourdieu, por sus *hábitus* (sistema de esquemas de producción de prácticas y representaciones). Planteada, en estos términos, la problemática del documento de Zapata constituye, qué duda cabe, su fiel reflejo. En efecto, «las relaciones objetivas de poder tienden a reproducirse en las relaciones de poder simbólico. En la lucha simbólica por la producción del sentido común, o más precisamente, por el monopolio de la dominación legítima, los agentes empeñan el capital simbólico que adquirieron en las luchas anteriores y que pueden ser jurídicamente garantizado» (Bourdieu, 1993: 138). En realidad, hay siempre, en toda sociedad, conflictos entre los poderes simbólicos de los grupos sociales, por eso el empuje de las formas populares por la apropiación de la definición de las relaciones con los toros frente a la caballeresca sólo puede ser entendido en un proceso histórico donde que el pueblo se ha constituido en sujeto de la historia.

El control de los juegos y ritos festivos y populares taurinos en espectáculos ordenados y legitimados por la autoridad nunca fue total dado que la intervención del público siempre escapó a esas restricciones (Romero de Solís, 1995: 27-101). La demanda de bienes simbólicos taurinos por parte del pueblo fue siempre superior a la oferta caballeresca, de ahí que, si bien las fiestas taurinas caballerescas estaban ligadas al control económico y estatal y a los cambios ideológicos imperantes en los centros de poder, las fiestas tumultuosas populares, capeas, encierros, ensogues, toros de fuego, etc., perduraron en el tiempo relativamente ajenas a los cambios ideológicos del poder, que llegaron a considerarlas infames, inadecuadas, paganas o irracionales y, por consiguiente, a veces, incluso, a prohibirlas.

El texto de Zapata nos desvela una mayor complejidad en las formas taurinas y, si bien reproduce el monopolio de la nobleza, deja entrever la acción del pueblo y las formas cómicas, el momento de transición que desaloja a la nobleza de las plazas y da entrada a la tauromaquia clásica de finales del siglo XVIII<sup>3</sup>. En cualquier caso, Zapata ironiza con el toreo caballeresco como Cervantes con los libros de caballería. «Con el paso del s. XVI al XVII el pueblo vuelve a incorporarse activamente a la fiesta, rompiendo su anterior disciplina como pasivo y respetuoso público del valor de sus inmediatos señores, los caballeros de linaje» (Moya, 1995: 216). Precisamente, según podemos observar, el presente texto de Zapata, escrito a finales del s. XVI, emerge dando, a su manera, testimonio de ese momento de ruptura.

---

<sup>3</sup> El autor es consciente de la riqueza simbólica que contiene la expresión cómica de la tauromaquia y anima, desde aquí, a que alguien aborde su estudio.

Las observaciones de Luis Zapata sobre las fiestas del toro de San Marcos en Brozas ya fueron recogidas por Caro Baroja siendo uno de los primeros y escasísimos testimonios escritos sobre estos ritos festivos y populares sobre esta tauromaquia «paralela» (1945: I, 88-112). Su visión protofolclórica, es ajena y anterior a los acercamientos teológicos de Juan de Santo Thomas, Tomás Hurtado, Carlos Casnedi, Clemente VIII, y nos suena más neutral que la ilustrada y encendida del Padre Feijóo y, finalmente, se acerca más a la del doctor Laguna expuesta en 1555. Sin embargo de gran interés nos parece, a nosotros, del texto “De toros y toreros” que aparece en la obra *Miscelánea* el que, precisamente, Caro Baroja ignora y que, a continuación, reeditamos.

Luis Zapata de Chaves, nació en Llerena (Badajoz) en 1526. En su villa natal mandó edificar un palacio renacentista que fue la admiración de su época. Llerena era entonces una villa prestigiosa y dinámica, cabeza de partido, que contaba con la casa maestra de la Orden de Santiago en Extremadura, con un poderosísimo tribunal de la Inquisición y con la sede del provisoriato de San Marcos de León. El abuelo de nuestro autor, llamado igualmente, Luis Zapata, había sido consejero de los Reyes Católicos. Además de sus posesiones y privilegios en Llerena fundó, a finales del siglo XV, en la Iglesia Mayor de Granada una capilla que puso bajo la advocación de San Juan. Por otra parte, su padre fue comendador de la Orden de Santiago y de él heredó, en Llerena, el cargo de alcaide de la fortaleza de la Puerta de la Reina.

Debido a que fue paje de la casa de la reina Isabel de Portugal, pudo pronto destacar, siguiendo el modelo de Castiglione, como cortesano: buscaba la gentileza del com-

portamiento, del lenguaje y de la expresión del cuerpo. Viajó con el séquito del emperador Carlos por Flandes, Alemania e Italia, alternando el aprendizaje humanista con el ejercicio militar. Ya en España destacó por su habilidad en el noble ejercicio de correr lanzas y rejonear toros. Casado con Leonor de Portocarrero tuvo un hijo, Francisco Zapata, del que será su maestro en esas artes. Volverá a casarse en Sevilla y, en segundas nupcias, con Leonor de Ribera, sobrina de Perafán de Ribera. Las deudas de una vida cortesana, ajenas a la decencia del hábito de la Orden de Santiago, y el no cumplimiento de la obra pía que fundara su abuelo en Llerena le llevaron a la cárcel de Valencia de las Torres donde pasó más de veinte años y escribió las más de sus obras. Casi al final de sus días, preso de nostalgia y arrepentimiento, declaraba «yo me perdí por aprender el arte de cortesano». Rehabilitado en 1591, muere en 1595 (Menéndez Pidal, 1915).

Entre sus obras destacan *Carlo famoso* (1566), un panegírico épico de la vida del emperador Carlos, al que acompañó como cortesano real por Flandes y Alemania (Cf. Zapata en Alborg, 1986). El *Libro de Cetrería* (1583), una especie de manual del cazador donde se recogen las reglas del arte cinegético, se exponen las condiciones y características de todas las aves de rapiña susceptibles de utilizarse en la caza, el modo de criarlas, amaestrarlas y curar sus dolencias y se describen la estación, los lugares, las técnicas y ceremonias de la caza. A lo largo de todo el escrito de Zapata destaca su exaltación de la naturaleza y la riqueza lingüística de la que hace gala (Zapata, 1979). Escrita entre 1583 y 1595, la *Miscelánea (o Varia Historia)*, de la que hemos seleccionado el fragmento que a continuación repro-

ducimos y que nos sirve de pretexto para estos comentarios, es una obra de temática heterogénea que describe, con originales observaciones, los valores sociales y culturales de su época, comentarios que mezcla con anotaciones biográficas de forma anárquica como era, por otra parte, bastante usual hacer en aquella época. Sin duda alguna la *Varia Historia* puede ser considerada como un libro pre-etnográfico con una multiplicidad de ideas, sentimientos, costumbres y saberes populares de su tiempo que aporta en forma de repertorio de anécdotas y aventuras cuyo texto une, filosofando, lo maravilloso con lo real, dentro de un clima de humor. Pascual de Gayangos en el prólogo a su edición de *Miscelánea* incluida en el *Memorial Histórico Español* nos informa que Zapata, además, escribió otros estudios y tratados como *Excelencias de la Gineta*, *Uso del rejón* y *Advertencias sobre el método de correr cañas*, hoy todos, lamentablemente, perdidos (1859: XI).

Además de la ya citada edición del *Memorial Histórico Español* de 1859, apareció, en 1926, una edición incompleta en Madrid preparada por la Editorial Voluntad. Hace quince años el Instituto de Cultura Pedro de Valencia (Badajoz) realizó una edición facsímil (Zapata, 1983). Sin embargo, en 1949, Isidoro Montiel, ya había publicado una adaptación que nos merece suficiente crédito y de ella, extrajimos, la cita que aquí reproducimos.

Pasamos sin más dilación a la transcripción del curioso texto de Zapata.

1.- DE TOROS Y TOREROS<sup>4</sup>

«El andar con los toros es mucha gentileza<sup>5</sup> y razonable ánimo; mas no es tanto el peligro de la vida cuanto de la autoridad de andar un caballero por el suelo rodando, y así se aventura más que se gana, porque el peligro es tan poco que no se sabe que en nuestros tiempos hayan muerto toros sino a Mateo Vázquez Coronado, alguacil mayor de Valladolid, que le hirió un toro en una pierna, de que murió en pocos días.

»De esta habilidad fue el más insigne Don Pero Ponce de León, de Sevilla, hermano del Duque de Arcos<sup>6</sup>, porque era cierto en ella y era esta la manera.

»Salía a la plaza<sup>7</sup> solo, con unos anteojos en su caballo, y con un negro<sup>8</sup> detrás que le llevaba una

---

<sup>4</sup> Zapata de Chaves (1949: 127-133).

<sup>5</sup> La lidia de reses bravas era generalmente un ejercicio caballeresco, como los torneos y cañas, en el que sólo intervenían nobles con objeto de probar su pujanza, destreza, bizarría y dominio en la equitación y el manejo de las armas. Las cuatro Órdenes Militares y las Reales Maestranzas dieron gran abundancia de caballeros toreadores.

<sup>6</sup> Casó con Catalina de Rivera y era hermano del primer Duque don Rodrigo Ponce de León, hijo, a su vez, de Francisca Ponce de León y de don Luis Ponce de León. Sin duda constituye uno de los linajes más importantes de la época. En la actual plaza de Ponce de León de Sevilla se alzaba el palacio de los Duques de Arcos, uno de los mejores edificios de la ciudad del que sólo quedan algunos testimonios.

<sup>7</sup> Todavía no existían plazas de toros de ahí que las corridas se efectuasen en las plazas públicas, como aún acontece en muchos de nuestros pueblos.

<sup>8</sup> La presencia de negros y mulatos como peones y sirvientes muestra la marginalidad que estas funciones representaban para el toreo caballeresco. Los *Anales de la Ciudad de Sevilla*, de Ortiz de Zúñiga, anota también la presencia reiterada, en esta época, de hombres de color.

lanza: muy revuelto en su capa y muy descuidado, como si no fuera a aquello o no le viera nadie; y estábale todo el mundo mirando. Parábase delante de las ventanas de su mujer, Doña Catalina de Ribera, y de las damas<sup>9</sup>; veníase para el toro, alzaba la capa, tomaba de su lacayo y muy mesuradamente la lanza si no le quería el toro, tonábale al momento a dejar; ni andaba tras él desautorizándose, y si le venía poníasele en el pescuezo, y metíasele por él, que le salía a los brazos, y dejábale en la tierra enclavado, y tornábase a andar paseando muy descuidado, como si no hubiera hecho nada. Y esto jamás erró si no cuando le acertaba a ver el Duque su padre, y acaeció por esto ponerse a verle el Duque disimulado, y desbaratarle el toro o derribarle a él, o matarle el caballo.

»Un barbero de Toledo decían que también acertaba a alancearlos, y a esta fama, delante del Emperador, salió y mató un toro en Toledo en la plaza, y yo le ví; más como cosa de hombre bajo no se tuvo en nada, y decían que como buen barbero les acertaba la vena, como con la lanceta con la lanza. El buen linaje es como luz que alumbrá las buenas cosas que los generosos hacen, y por eso se llama oscuro el de la gente baja.

»El Emperador salió un día a unos toros en Valladolid, delante de la Emperatriz y de sus damas. Era un toro grande y negro como un cuervo y se lla-

---

<sup>9</sup> La presencia de mujeres en las corridas estimulaba a los caballeros más temerarios; a realizar alardes de valor «piques»; además refleja, indirectamente, la relación de esta ceremonia con las corridas nupciales.

maba Mahoma<sup>10</sup>. Yo le ví: ya se puede ver la espectación que habría de ver entrar en campo con una bestia fiera al Emperador de los cristianos; y aunque era bravísimo el toro no le quiso, sino junto a San Francisco se estaba quedo parado, bufando y escarbando. Entonces llegó Don Pero Vélez de Guevara<sup>11</sup>, un caballero viejo, gran maestro en aquel arte y dijo: “Así le había vuestra Majestad de llamar para que le entrase”; y dijo el Emperador: “Id vos y veamos cómo hacéis”. Fue a él Don Pero Vélez, parte contra él luego el toro, y derríbale, y échale fuera las tripas a su caballo, y vuelve a pie muy corrido al Emperador que le dijo: “Esa lección, Don Pero, yo no la pienso tomar, si a Dios place”. Torna el toro a volverse a su puesto como antes, y como no venía a él, parte para él el Emperador, y dale por el cerviguillo una lanzada de la que cayó luego muerto, enclavado con la lanza.

»Aquella noche, hablando de esto y de otras cosas, en un corrillo de caballeros ante el Emperador, dijo Don Diego de Acevedo<sup>12</sup> al oído a Pedro de la Cuevas<sup>13</sup>, comendador mayor de Alcántara: “Yo toreo

---

<sup>10</sup> Parece que la denominación individualizada de las reses fue anterior al establecimiento de las grandes ganaderías e hierros de la nobleza andaluza en el siglo XVIII. Leer, por ejemplo, una de las cartas de la Condesa de Aulnoy, donde el pueblo de Madrid, en el siglo XVII, identificaba ya a las ganaderías y su bravura con los colores de las divisas (Aulnay, 1962: I, 219 y ss.).

<sup>11</sup> Era el segundo Conde de Oñate, sirvió a los Reyes Católicos y a don Carlos, el emperador.

<sup>12</sup> Tercer hijo del tercer Conde de Monterrey, sirvió y acompañó a Felipe II, siendo todavía príncipe, en Flandes.

<sup>13</sup> Cuarto hijo del primer Duque de Alburquerque, comendador mayor de Alcántara y mayordomo del Emperador.

razonablemente”. No lo había aún él bien dicho, burlando, que alzó la voz el Comendador mayor y dijo: “Don Pero dice que esto del torear lo hace bien”, “Veamos cómo” –dijo el Emperador–; quizá os aceptaré por mejor medio que a Don Pero Vélez”, “Señor



Fig. n.º 62.– El Cid alanceando un toro en la plaza de Valencia (apud Bedoya, 1989: 11).

–dijo él– yo salgo con una lanza de fresno, porque esas otras de pinó quiebran luego, y con un hierro ancho, muy agudo y limpio, que se podrán ver en él, y que cortará un pelo en el aire, y en un buen caballo, que los tengo siempre buenos para esto. Póngome lo mejor que puedo al toro, y mientras más bravo, mejor; parte al momento para mí, y en llegando no sé más lo que pasa con el caso, que las más veces, muerto mi caba-

llo, me hallo en el suelo sin lanza y sin capa y sin gorra, y cercado de pícaros que me andan quitando alrededor las pajas. Ya en esto tiene mi mujer aparejada una sábana en vino en que envolverme, como cosa que casi siempre me acaece”. Al fin de la plática, Don Pedro hizo una reverencia, todos rieron mucho, “Tampoco os quiero como maestro –dijo riendo– el Emperador, si así pasa”.

»Don Diego Ramírez, ante el rey de Bohemia Maximiliano, que fue después Emperador, hizo en Valladolid una muy buena suerte. Sale un toro muy bravo, tenía una dama de la Reina una hermosa garrocha, que no la osaba tirar por no perderla, “Tírela vuestra merced –dijo Don Diego–, que yo prometo por más bravo que el toro sea de volvérsela”. Pasó por debajo del tablado el toro, todas las damas le porfiaron que se la tirase; ella tiró al fin, y no fue como la dama el telus que embelesina, sino que en el lomo se la hincó luego. Baja Don Diego sólo con su capa y espada<sup>14</sup>; vase el toro derecho, y sin andar desautorizado de acá y de allá tras él, dejando caer de un lado la capa con la mano izquierda, le quita la misma garrocha entre otras muchas, y con la derecha le da una buena cuchillada en el rostro, que le hizo rehuir de él, y vuelve con ella a la dama, cumpliendo su palabra enteramente, no sé si con más ánimo que dicha, o con más dicha que ánimo de no andar arrastrado tras el toro y volver sin ella, que de peligro era aquí lo de menos; mas en fin lo dicho, uno y otro de ánimo y de ventura fue extremo y ejemplo grande.

---

<sup>14</sup> Vemos aquí un ejemplo de toreo moderno con dos siglos de antelación.

»En Salamanca hubo otra buena dicha un honrado caballero viejo, gran cristiano, más dado ya a las cosas de Dios que a ser torero. Llamábase Melen Xuárez; mas no pudo excusarse de salir a la plaza un día de toros, que allí hay una cofradía<sup>15</sup> de salir a las fiestas los caballeros, y él por huir de nota, por ser cofrade, salió al juego de cañas. Llevaba un hermoso caballo rucio, muy soberbio, que tenía más que averiguarse con él que con los toros, contra quien un bravísimo toro partió, que él esperó con poca resistencia. Llega y por delante vuelve el caballo todo sobre él, que todos pensaron que con los arzones de la jineta<sup>16</sup> le había muerto; mas él se levantó sin lesión alguna y riendo, y así esperó a subir en su caballo, que se le trajeron, de haber escapado en tal trance muy contento, y lo que le valió en tanto peligro no le dijo a nadie, sino sin confesión a un religioso, su confesor, que lo dijo a quien a mi me lo dijo de quien yo lo supe: que Nuestra Señora estuvo allí con él, que le escapó de aprieto tanto.

»Pensé atrás decir este caso que diré, y olvidóseme, como cuando del coso se escapa algún toro para correrse otra vez, y este cuento es de lo que pasa los días de San Marcos cada año, en un lugar que se llama las Brozas, tierra de Alcántara.

»En aquel lugar, teniendo alguno algún espantable y temeroso toro, y que de fiero no se pueden con él

---

<sup>15</sup> En la Edad Media y en el barroco fueron frecuentes las corridas votivas, celebradas en cumplimiento de alguna promesa o fiesta religiosa.

<sup>16</sup> A mediados del s. XVI y por influencia de los grandes torneos europeos, los caballeros españoles adoptaron la monta a la brida, dejando en desuso nuestra clásica jineta.

averiguar, dásele a la Iglesia. Llegando el día de San Marcos, a la víspera, de él, va el mayordomo a esos montes por él, donde no le para hombre que vea, y llegado en su asnillo ante el embajador de San Marcos, le dice: "Marco, amigo, ven conmigo a las Brozas, que de parte de San Marcos te llamo para su fiesta". El toro luego deja sus pastos, y manso vase delante de él; entra a las vísperas en la Iglesia como un cordero manso, y pónenle en los cuernos rosas y guirnaldas las mujeres; y sin hacer mal a nadie, sálese acabadas las vísperas al campo allí cerca. Otro día va en la procesión suelto entra la gente, y pasa por un arco del claustro, tan estrecho que ha menester para pasar ladear los cuernos, y esto sin que se lo diga nadie, y toda la misa se está en pie, delante de las gradas del altar mayor, y acabada de alzar la hostia postrera y de consumir alguna vez, sálese de la Iglesia a todo correr, como muchacho de la escuela, y vase por esos montes y jarales, volviendo a su braveza natural<sup>17</sup>.

»En Talavera, corriendo unos toros, tomó uno a un vecino de ella, hombre ordinario, corriéndolos en la calle de Olivares. Llega con gran furia, métele el cuerno por la boca, acuden todos a él, pensando que le había muerto o rotas las quijadas; más le acaeció mejor que tenía una muela que no se le había podido sacar, de que moría de dolor, y sácasela el furioso cuerno del toro, y sin sentirlo con el miedo y sin hacerle ningún mal.

»Otro día saliendo desmandado otro toro, estaban dos clérigos juntos atendiendo a otras cosas, y mirando

---

<sup>17</sup> Cif. por Caro Baroja, en su célebre artículo sobre el *Toro de San Marcos*, ya mencionado.

a otra parte, y no podía pasar sino entre ellos. Llega y pasito métele un cuerno por medio, y luego, con el otro, apartándolos (cosa visible que lo vieron todos, admirable a ellos de verlo, y a nosotros ahora de oirlo) y pasa sin hacerles daño o por la devoción que tienen con Nuestra Señora en Talavera, o porque como el buey conoció a su Señor en el pesebre, conoció aquí el toro a sus cristos y criados.

»Otra nueva manera de torear se ha introducido ahora: torear con garrochón, con lo que han muerto toros caballeros a caballo. El primero Don Luis de Guzmán<sup>18</sup>, hijo del Marqués de la Algaba, en Madrid; luego, Don Francisco Zapata Puertocarrero, mi hijo<sup>19</sup>, en Granada; luego también en Madrid, Don Ignacio de Médecis, hermano del Duque de Florencia<sup>20</sup>, y el Conde de la Palma.

»Mas aunque fue lastimoso caso el de Don Diego de Toledo, hermano natural del Duque de Alba, quiero aquí contarle, si bien ya en otro lugar dije alguna cosa de él<sup>21</sup>. Era el tal un caballero mozo, muy gentil hombre y muy señalado, el cual andando a los toros en Alba, con un garrochón, a las alegrías del casamiento del Duque, su hermano, pasó a uno el hierro en la frente, que no acertó a descogotarle, dió un rebufo el toro

---

<sup>18</sup> Hijo único el don Francisco de Guzmán, del primer Marqués de la Algaba.

<sup>19</sup> Como dice Luis Zapata su propio hijo practicó el toreo caballeresco y, como sabemos, adiestrado por él.

<sup>20</sup> Cosme de Médecis, gran duque de Toscana, nacido en 1519 y muerto en 1574.

<sup>21</sup> Hijo natural de don Diego de Toledo, segundo hijo de don Fernando y del gran Duque de Alba. Murió desgraciadamente tras un encuentro con un toro con motivo de las bodas del futuro duque, su hermano, don Antonio Álvarez de Toledo.

en alto, revuelve el garrochón, y escurre por su misma mano y dale con el cuerno en un ojo, y pásasele y la cabeza y sesos, y sátele envueltos en ellos por la otra parte, y al caer muerto se le quebraron dos costillas sobre su misma espada ¡Quién creyera que con sus mismas armas se había de matar por sus manos, y que su ojo mismo diera puerta y paso a tanto daño!».

## BIBLIOGRAFÍA

Aulnay, Condesa de: *Viaje por España en 1679 Y 1680 y Cuentos Féricos*, tr. de M. Corominas y M. Villalta, Barcelona, Iberia, 1962, 2vols.

Alborg, J. L. (1986): *Historia de la Literatura*, Madrid, Gredos, 1986, 5 vols.

Bourdieu, P. (1993): *Cosas Dichas*, Barcelona, Gedisa.

Caro Baroja, J. (1945): "El toro de San Marcos" en *Rev. Dialectología y Tradiciones Populares*, Vol. I (Reedit. *Ritos y mitos equívocos*, Madrid, Istmo, 1974).

Cervantes, Miguel: *Don Quijote de la Mancha*, (Ed. Vicente Gaos) Madrid, Gredos, 1987, II, caps. 13 y 17, 2 vols.

García Baquero, A.; Romero de Solís, P.; y Vázquez Parladé, I. (1994) [1980]: *Sevilla y la fiesta de toros*, Biblioteca de Temas Sevillanos, Sevilla, Ayuntamiento, 2ª ed.

Gayangos, Pascual de (1859): Prólogo a la edición de "Miscelánea (O varia historia)" en el *Memorial Histórico Español*, Tomo XI, Madrid, Imp. Nacional.

Mauss, M. (1972) [1899]: "De la naturaleza y función del sacrificio" en *Obras Completas*, III, Barcelona, Seix Barral. 1972.

Menéndez Pidal (1915): "Vida y obras de D. Luis Zapata de Chaves" en *Discurso de Ingreso en la Real Academia de la Historia*, Madrid, Real Academia.

Moya Valgañón, C. (1995): "Los toros en España: genealogía, metamorfosis, actualidad" en Romero de Solís, P. (Ed.): *Sacrificio y Tauromaquia en España y América*,

Sevilla, Real Maestranza de Caballería y Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 203-228.

Ortiz de Zúñiga, D. y Espinosa y Cárcel, A. M. (1978): *Anales Eclesiásticos y Seculares de la muy Noble y muy Leal Ciudad de Sevilla*, Sevilla, Caja de Ahorros Provincial San Fernando.

Romero de Solís, P. (1995): "La tauromaquia considerada como un sacrificio: Algunos aspectos sobre el origen, posición y calidad de su público" en Romero de Solís, P. (Ed.): *Sacrificio y Tauromaquia en España y América*, Sevilla, Real Maestranza de Caballería y Secretariado de Publicaciones de la Universidad, págs. 27-101.

Zapata de Chaves, L. (1949): *Miscelánea (O varia historia)*, ed. de I. Montiel, Madrid.

\_\_\_\_\_ [1583-1595] (1983): *Miscelánea (O varia historia)* (la reed. de 1983, Badajoz, Institución Cultural Pedro de Valencia).

\_\_\_\_\_ [1566] (1986): *Carlo famoso*, Cif. en Alborg, J. L.: *Historia de la Literatura Española*, Tomo I, Madrid, Ed. Gredos.

\_\_\_\_\_ [Ms. 1583] (1979): *Libro de la Cetrería* (la reed. de 1979, Badajoz, Diputación/ Instituto Cultural Pedro de Valencia).

